

plicaciones que les dí, respondian *Melich bezref* (muy bien) *Allah iazeko-um* (Que Dios nos ame).

Nos preparamos para celebrar con toda la pompa posible el mes de María en Constantina. Nuestros hermosos cánticos de Francia retumbarán bajo las bóvedas de nuestra mesquita católica; la música del regimiento se unirá á nosotros; nada faltará, ni el concurso de nuestros judíos, que se volverán bendecidos, ya que no santificados. Si todos vosotros, los de Tours, tuvieseis una buena inspiracion, os cuotizarias para mandarnos una Virgen y un Vía-crucis. El pequeño número de los cristianos de la pobre Iglesia de Constantina, así como su pastor es lo agradecerian mucho.

CAPITULO XVIII.

EL SACERDOTE CATÓLICO EN EL MINISTERIO PASTORAL.
M. LÉGER CURA DE S. ANDRÉS DE LAS ARTES.

El sacerdoté católico á la cabéza de una parroquia ejerce una mision sublime. Es uno de aquellos ángeles de que habla la Escritura y el Señor ha colocado para guardian de un estado, de una provincia, de una ciudad: es el Dios tutelar, el centinela de avanzado, colocado en todas las avenidas, el padre especial de una porcion de la heredad de Nuestro Señor Jesucristo, el amigo de todos los desgraciados, el conductor de tantos ciegos, la providencia visible de todo

el que sufre, de todo el que gime sobre la tierra. Es lo que hacia decir á Rousseau en su *Emilio*; «Nada encuentro tan bello como ser cura. Un cura es un ministerio de bondad. En el cura, así como en Dios de quien es representante, el atributo esencial es la bondad, la paciencia, la dulzura, la longanimidad, la tolerancia; no abre su boca sino para orar, su corazón no palpita sino de amor, sus brazos no se levantan sino para bendecir; un cura, si no puede hacer el bien siempre, puede procurarlo, y no es ménos grande en uno y en otro caso.

Otro protestante famoso, Hume, nos dice en su *Ensayo sobre el entendimiento humano* que no hay clero más acabado por su vida y costumbres ejemplares que el clero secular francés y particularmente los curas de París. Los filósofos franceses que se encontraban en lugares que aquellos administraban al fin del siglo diez y ocho, han tributado el mismo homenaje á la verdad. Leemos estas líneas en el primer cuadro de París escritas por Dulaure: «Se cuentan, dice, cincuenta y dos curas en esta ciudad: ocho en la Cité, diez y seis en la ciudad; ocho en el cuartel de la Universidad, trece en los lugares exentos del ordinario. En ellos el cura es el ser más estimable de la sociedad; en ella es el

beneficio y el consuelo personificados.—La dulzura, dice *M. Mercier*, caracteriza sus acciones, jamás la amargura está sobre sus labios. Saben á la vez consolar y socorrer á sus parroquianos; derraman el bálsamo sobre sus heridas secretas que solo ellos conocen.—No conozco hombres que honren más á la humanidad que los curas de París, decia el Sr. Burnet á su vuelta de Lóndres.

El pastor sobre el que la política apenas se digna fijar sus miradas, este ministro relegado en el polvo y en la oscuridad de los pueblos y de los campos, ved en él al hombre de Dios que los esclarece, al hombre de Estado que los calma. Simple como ellos, pobre como ellos, porque lo necesario en su patrimonio, los eleva sobre el imperio del tiempo, para no dejarles ni el deseo de sus engañosas promesas, ni el pesar de sus frágiles felicidades. A su voz, otros cielos, otros tesoros se abren; á su voz, corren en tropel á los piés de aquel Dios que cuenta sus lágrimas, de aquel Dios, su eterna heredad, que debe recompensarlos de esta desheredacion civil á la que los ha entregado una Providencia á quien les enseñan á bendecir. Los subsidios, los impuestos, las leyes fiscales, los elementos, fatigan tambien su triste existencia; dóciles á

esta voz paternal que los reune, que los reanima, lo toleran, lo soportan, lo olvidan todo. No sé que poderosa unción se escapa de nuestros tabernáculos; el sentimiento siempre activo de la otra vida que nos aguarda mas allá de la tumba, dulcifica en estos pobres toda la amargura de la vida presente. Nó, con la fe no se cuentan tantos desgraciadas. Estos misterios de misericordia con que se les rodea, estas sombras, estas figuras, el tratado de paz y protección que se renueva en la oración pública, entre el cielo y la tierra, todo los conmueve, los enternece. Gimen en nuestros templos, pero esperan, y más todavía, salen consolados de allí.

No es todo esto: garantes de las promesas divinas, este pastor, este ángel tutelar, los garantiza en cierto modo desde esta vida con los socorros, con los cuidados los más generosos, los más constantes; digo socorros y cuidados, y quizá hombres soberbios, jamás habreis comprendido la fuerza y extensión de estas expresiones! Figuraos los estragos de una peste, ó de una enfermedad epidémica, ó colocaos en aquellas cabañas infectas, habitadas solo por la muerte, fluctuando sobre la elección de sus víctimas. Ay! el objeto ménos repugnante que contemplais es el mismo moribundo! Esposa, hijos,

todo lo que le rodea, parece salido de la tumba para volver á entrar en confusión á ella. Si el horror del último momento es tan repugnante aun en medio de las pompas de la vanidad, bajo el docel de la opulencia, que cubre con su fausto orgulloso la presa que la muerte le arrebató, ¿qué impresión debe producir cuando la acompañan todas las miserias, y todos los horrores se adunan? Ved todo lo que desafía el celo y el valor del cura; la naturaleza, la amistad, los recursos del arte, el ministro de la religión lo reemplaza á todo: solo en medio de los gemidos y sollozos, entregado él mismo á la actividad del veneno que devora á todos, á sus ojos, él lo desvirtúa y lo cambia; lo que no puede salvar, lo consuela y lo lleva hasta el seno de Dios; ningunos testigos cuenta, ni nadie lo sostiene, ni la gloria, ni las preocupaciones, ni el amor de la fama, estos grandes móviles de la naturaleza, á los cuales se deben tantas virtudes: su alma, sus principios, el cielo que lo observa, ved su fuerza y su recompensa. El mundo, este ingrato á quien es preciso compadecer y sentir, no le conoce: se ocupa poco acaso ¡ay! de un ciudadano útil que no tiene otro mérito que el de vivir en el hábito de un heroísmo ignorado!

Pero se dirá: estas son teorías, Teorías decís; vais pues á ver los hechos. Vamos á hablar del cura Léger nacido en Soisson en 1669 y muerto en Paris en 1774. Preferimos hechos remotos, cuando los podriamos tomar del dia, porque pasaron en tiempo más crítico, y ante personas las más recalcitrantes. Manuel el convencional es el que tiene la palabra, el que ni á tirios ni á troyanos puede ser sospechoso. «De todas las condiciones de la sociedad, dice, no hay una sola que haya constantemente merecido más del género humano que la de los curas. Es uno de los más grandes beneficios de nuestra religion la institucion de este ministerio, desconocido en las religiones profanas. En las ciudades, ellos son los que solamente tienen el derecho de conmover las entrañas del rico, de tener un celo superior á las tímidas abnegaciones, de arrancar alguna cosa á las exigencias del lujo, y de hacer subsistir sin degradar, la extrema miseria al lado de la grande opulencia.

El duque de Borgoña tenia tambien la más grande estimacion por los curas de París; estaba persuadido que era necesario acojerles favorablemente en la corte, y concederles todo lo que fuera posible, hasta las más pequeñas gracias que solicitarán [para las familias, á fin de

aumentar las consideracion y atencion que ellos se merecian, por la decencia de sus costumbres, como por su caridad y abnegacion.»

En el campo, donde ellos mismos están oprimidos por esta perversion del orden y de la justicia que ha desheredado casi en todos los rangos al trabajo y los talentos, ellos solos satisfacen la deuda sagrada de que todos los bienes de la Iglesia están gravados sobre los pobres. Les dan al ménos sus cuidados y sus consejos; son los amigos de todos los desgraciados, y los doctores de los simples é ignorantes. Un canton entero les debe frecuentemente todo á la vez, sus costumbres, sus consuelos, sus prosperidades. En ninguna parte se nota mejor cuán útil puede ser á un particular. Todo va bien, todo va mal en una parroquia, siguiendo al cura que la dirige.

Decir lo que un cura puede hacer, es decir todo lo que hizo M. Léger. Su celo no se limitaba al recinto del templo y á las funciones solemnes de su ministerio: sabia la vigilancia y actividad continuas que un pastor debe tener sobre todas las partes de su rebaño. Sin llevar sus solicitudes más allá de la discrecion, como el ojo de la Providencia, penetra hasta el fondo de los corazones. Todas sus ovejas le eran conoci-

das; ni el artesano oscuro, ni el infante pobre le eran desconocidos, pues seguía su conducta, observaba su situación hasta en el mismo semblante de cada uno. Apesar de la confianza en sus cooperadores, habría querido él solo desempeñar todas las funciones pastorales; al ménos se reservaba el derecho de marchar el primero, y á todas horas del día y de la noche al socorro de todos los afligidos, de todos los enfermos y de todos los moribundos.

Este pueblo tan desdeñado por la grosería aparente de sus costumbres, pero más estimable que la mayor parte de los ricos con toda su urbanidad, ved al pueblo que por la simplicidad de su fé, y la franqueza de su virtud, viene á ser el primer amigo de los pastores. Al rico por la preferencia de los sentimientos, M. Léger los iba á visitar hasta sus lejanas y sombrías habitaciones. Con qué paciencia escuchaba las largas relaciones de sus penas é infortunios!

Con el amor de Dios que todo lo hace posible, y del prójimo por quien todo es fácil, siempre ocupado en hacer el bien, su puerta siempre estuvo abierta. Sus muros lo cubrían sin ocultarlo; su presencia inspiraba estimación y confianza; jamás difirió para el día siguiente lo que

le obligaba en el presente ó se le pedia luego. Los beneficios concedidos de mala gana, le parecían un pan duro que el hambriento recibe por necesidad y come con desagrado. Encontró ingratos, es cierto; pero cuánto consuelo siente el que al hacer el bien se halla un hombre honrado y agradecido entre tantos perversos y malagradecidos! Y ¿donde M. Léger encontraba fondos que le bastaran para todos? Para ser liberal, el hombre generoso no necesita ser opulento; su sencillez, su frugalidad, sus piadosas privaciones, eran los tesoros que para socorrer tantos desgraciados le sobraban.

M. Léger, ocupado sin cesar en hacer el bien público, fué un buen pastor, un sabio director, un Sacerdote virtuoso: Vedle en todos los acontecimientos de su vida. Ningun monumento público se le erigió, es verdad, pero recordad al más elocuente entónces de los Obispos pronunciar desde el púlpito su elogio fúnebre.(1) Estos son honores decretados solo para los reyes y los héroes. La vanidad los manda. Pero M. Léger fué llorado y bendecido. Las lágrimas y las ben-

(1) Fué pronunciado en París por el Sr. Obispo de Senes M. Beauvais, uno de sus discípulos.

diciones no se mandan. Habia escogido por sus herederos, *á los que tenían hambre, á los que tenían sed, á los que estaban desnudos.* Admirable instinto de la caridad pastoral que la muerte no puede extinguir!

El cura en su parroquia es el ministro de la religion de Nuestro Señor Jesucristo, el conservador de sus dogmas, el propagador de su moral, el depositario de sus beneficios en la parte que se le confia. De aquí aquellas tres relaciones bajo las cuales se pueden considerar al cura: como Sacerdote, como moralista, y como administrador espiritual.

Como Sacerdote, el cura lleva entre sus manos los destinos eternos de su rebaño: es su guía y su luz; depositario del dogma, debe conservarlo puro é intacto, desembarazándolo de todas las sombras que puedan oscurecer su santidad y alterar su pureza. La supersticion es el abuso de la fé, la cual á él pertenece desterrar del seno del dominio católico; debe continuamente trabajar en esclarecer las santas oscuridades de la religion, como tambien debe estar pronto á contener los saltos, caprichos y arrebatos de una razon constantemente rebelde y con insistencia investigadora. Se admira que el cristianismo tenga misterios; pues todas las religiones ¿no tie-

nen los suyos? El cura no tiene que dar cuenta de su fé más que á la Iglesia que lo envió; y bajo este respeto, sus deberes están sobre todo exámen y son más innacesibles á la crítica del hombre. Desenraizar los abusos con dulzura y discernimiento, crear y fomentar las obras de la religion, anunciar la palabra del Maestro, iniciar al pueblo en el simple y sublime conocimiento del dogma católico, en el amor de su moral, en el desarrollo progresivo de su perfeccion: ved la mision del cura como Sacerdote; es la luz del Evangelio colocada sobre el candelero en el lugar más elevado de la casa, para esclarecer á todos los que permanecen en ella; es el fanal de la salvacion sobre el cual los ojos de todos deben estar constantemente fijos, y en medio de la tempestad y de la oscuridad más profunda debe alumbrar siempre el camino de la verdad.

La moral del Sacerdote católico supera infinitamente á la moral filosófica antigua y moderna: el cristianismo es la filosofía por excelencia, no hay moral que no esté contenida en su libro, el Evangelio, este código de la humanidad; con este libro, el Sacerdote es el más grande, como el más perfecto de los moralistas. En estas paginas se encuentra, en efecto, toda perfeccion. El cura debe tener siempre el Evangelio en la ma-

no, porque de este libro se escapan como torrentes los raudales de luz; y la caridad, esta virtud sublime, es el primer precepto que contiene. La vida del Sacerdote católico, es un vivo comentario de este libro divino; es su personificación más completa, y se puede decir, que el cura, con su doctrina, su moral, y su carácter, es el verbo evangélico encarnado en las sociedades modernas.

«La magestad de las Escrituras me arrebató, decía J. J. Rousseau, la santidad del Evangelio habla á mi corazón. Ved los libros de los filósofos, con toda su pompa, ved cuán pequeños son cerca de aquel! ¿Es posible, que un libro, á la vez tan sublime y tan sabio, sea la obra de hombres? ¿Es posible que aquel que es el héroe de su historia sea solo hombre? Su tono, ¿es el de un entusiasta, ó el de un ambicioso sectario? ¡Qué dulzura! qué pureza en sus costumbres! qué gracia tan atractiva en sus instrucciones! qué elevación la de sus máximas! qué profunda sabiduría en sus discursos! ¡qué presencia de espíritu, qué tino, qué exactitud en sus respuestas! qué imperio sobre las pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde está el sabio que sabe obrar, sufrir y morir sin debilidad y sin ostentación? Cuando Platon pinta á su justo imaginario, cubierto con

todo el oprobio del crimen, y digno de todo el premio de la virtud, pinta rasgo á rasgo á Jesucristo, la semejanza es tan sorprendente que todos los Padres lo han sentido así, y que no es posible engañarse en ésto.

«De qué preocupaciones, de qué ceguera es necesario estar poseído para querer comparar al hijo de Sofronisco con el hijo de María. ¡Qué distancia del uno al otro! Sócrates muriendo sin dolor, sin ignominia, sostiene fácilmente hasta el fin su personaje, y si esta fácil muerte no hubiera honrado su vida, se dudaría si Sócrates con toda su energía fuera otra cosa que un sofista. Inventó, se dice, la moral; otros antes que él la habían puesto en práctica; no hizo más que decir lo que otros habían hecho; no hizo más que reducir á lecciones sus ejemplos. Aristides había sido justo, antes que Sócrates hubiera tenido por un deber amar á la patria. Esparta era sobria antes que Sócrates hubiera elogiado la sobriedad. La Grecia abundaba en hombres virtuosos, antes que Sócrates hubiera elogiado la virtud. Pero ¿dónde Jesús había aprendido esta moral tan elevada y tan pura, de la que él solo daba ejemplo y lecciones? Del seno del más furioso fanatismo se hizo escuchar la más sublime filosofía y la simplicidad de las más heroicas vir-

tudes honraron al más vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, es la más dulce que puede desearse; la de Jesus, espirando en los tormentos, injuriado, despreciado, maldecido de todo el pueblo, es la más horrible que puede imaginarse. Sócrates, tomando la copa envenenada, bendice al que se la presenta y llora. Jesus, en medio de inauditos suplicios, ruega por sus verdugos encarnizados. Sí, sí; la vida y la muerte de Sócrates son la de un sábio, la vida y la muerte de Jesus, son la de un Dios.»

El cura es tambien el administrador espiritual de los sacramentos y depositario de los beneficios de la caridad cristiana. Bajo este aspecto, su conducta debe de estar llena de sabiduría; si no puede rehusar su ministerio á nadie, sea quien ser fuere, tampoco debe ofrecerlo inconsideradamente, no habiendo para él, así como para Dios, ni griego, ni gentil, ni rico, ni pobre, sino solo hombres ó hermanos; luego siempre debe tener la misma benevolencia para el que le viene á pedir, como para el que le viene á llamar para que ejerza su ministerio. Su corazon debe ser rico, abundar en tolerancia, misericordia y caridad. Su oido debe escuchar con prontitud para saber de dónde viene el grito de la miseria, del duelo, del

mal. A toda hora del día, en todos los instantes de la noche, su puerta debe de estar preparada para abrirse, su lámpara siempre encendida, su callado preparado para embrazarlo. ¿El tiempo está borrascoso, la noche lóbrega, fría, lluviosa? El camino y las calles cubiertas de hielo? la destructora epidemia invadiendo los cuatro ángulos de su circunferencia? nada de esto importa para él: el cura parte, va á llevar el consuelo al affigido, el perdon al culpable, su Dios al moribundo, y esto basta para prescindir de todo.

Se les ha podido reprochar á los curas alguna severidad en sus opiniones; ¡Miserable susceptibilidad del mundo! Como si el cura no rescatase con su caridad y su abnegacion lo que pudiera haber exagerado en el ardor de su celo, y no probase con todo lo que hace, su adhesion á la causa del Maestro á quien sirve: «¿Quien de nosotros, ó de esos que se quieren llamar filántropos, dice Chateaubriand, en su *Genio del Cristianismo*, querria, durante los rigores del invierno, ser despertado á media noche para ir á administrar, á un lugar lejano, fuera del recinto habitado, al moribundo que espira sobre la paja? ¿Quién de nosotros querria ver, sin que se nos partiera el corazon de dolor, el espectáculo de una miseria que no puede socorrerse, y ver-

se rodeado de familia cuyas pálidas mejillas y ojos hundidos, anuncian el ardor del hambre y de todas las necesidades? Consentiríamos en seguir á los curas, de Paris, estos ángeles de la humanidad, á la residencia del crimen y del dolor para consolar al vicio bajo las formas más repugnantes, para derramar la esperanza en su corazón desesperado? ¿Quién de nosotros, en fin, querría secuestrarse del mundo de los dichosos para vivir eternamente entre los sufrimientos, y no recibir al morir por premio de tantos beneficios más que ingratitudes del pobre y calumnias del rico?

Las relaciones del cura con el gobierno son las de todo ciudadano: obediencia y sumision en las cosas justas, sin bajeza ni lisonja. El gran principio de la sumision de los poderes de la tierra, debe observarlo primero él mismo y despues predicarlo con una noble y santa independien-
cia. Si el gobierno le ayuda á hacer el bien, debe secundarlo con seguridad y franqueza; si le manda el mal, á este mal no debe oponer la rebelion, ni el aborrecimiento, ni la murmuracion, sino su piedad, su tolerancia, sus oraciones. El gobierno y los hombres cambian, las asonadas políticas se operan, entónces el cura debe permanecer inmóvil en medio de las convulsio-

nes humanas: solo él tiene el derecho de quedar neutral, porque su reino no es de este mundo; su política es el Evangelio; su bandera es la cruz; su palabra de orden es Jesucristo; su divisa es la paternidad, el amor para todos.

Ved la vida del cura; sus cabellos han emblanquecido, sus manos trémulas apenas sostienen el cáliz, su voz cascada apenas llena el santuario? pues con todo, ella retumba en el corazón de su rebaño; muere? una piedra sin distintivo alguno marca en el cementerio el lugar donde reposan sus cenizas. Ved una vida que ha pasado y á un hombre olvidado para siempre! pero éste hombre ha ido á reposar á la eternidad, donde su alma vivia desde ántes: ha hecho sobre la tierra lo que mejor debia hacerse, y ha continuado un dogma inmortal, ha servido de anillo á una inmensa cadena de fé y de virtud, y ha dejado á las generaciones que le sobrevivan, una creencia, una ley, un Dios.